

Enterramos a mamá ayer. No faltó nadie. Fue una ceremonia muy bonita. Todos querían a mamá. Era una de esas personas dulces y sinceras que se hacían querer. Vinieron amigos de la familia a los que no veíamos desde hacía años. Viejos y buenos amigos. Sus tres hijos: Marta, Luis y yo, Jorge seguimos llorando su pérdida; no hay nadie como mamá.

Hoy ya no hay nadie en la casa. Sólo nosotros, sentados alrededor de la mesa de la cocina, mirándonos los unos a los otros, sin saber bien qué decirnos. La tristeza nos envuelve como una mortaja traslúcida. Fuera el invierno no es tal, es una primavera anticipada. El sol luce con una intensidad poco común. Ayer llovía, el agua caía como una cortina lúgubre sobre el ataúd; alguien dijo que el cielo lloraba por mamá. Ese alguien hoy puede decir que el cielo está alegre porque mamá está allí.

Mis hermanos y yo no nos hemos dicho nada desde ayer. Terminado el sepelio volvimos a casa de mamá, nos recogimos cada uno en un cuarto distinto. Creo que nos miramos y supimos que ninguno tenía la menor gana de hablar.

Mamá mantenía la casa igual que cuando nos fuimos. Era bastante maniática con el orden. Una de sus frases favoritas era la de que ‘todo tiene su sitio’. Esa manía la persiguió hasta después de su muerte. Una de las cláusulas más absurdas de su testamento fue la de que quería que la metieran en el ataúd vestida como cualquier día, con su bolso, con sus zapatos de ir a comprar, con el pelo recogido en aquel moño insulso, sin maquillar: como si fuera un día normal en su vida. Me la imagino con su abogado, cuando éste le dijo que aquella cláusula le parecía un tanto particular, respondiéndole que ‘todo tiene su sitio, y el de este bolso está a mi lado. Además, ¿para que quiero que me embadurnen la cara como a una payasa? Allá arriba o donde sea quiero ir tal como soy, sin disfraces estúpidos’.

Mamá podía ser muy persuasiva, muy tozuda y muy clara. Marta se encargó de todo en la funeraria. Nos contó que el empleado de la empresa de pompas fúnebres apenas torció el gesto cuando ella puso su bolso entre sus manos antes de cerrar el féretro y le arregló el pelo.

Yo no sé qué es lo que Marta y Luis han soñado esta noche, por mi parte he sufrido una perversa pesadilla. Me despertaba y todo estaba muy oscuro. El aire a mi alrededor era frío. Estaba atrapado en un lugar estrecho e incómodo. A mi lado sentía que alguien me echaba con todo su peso contra una pared acolchada. Podía mover los brazos, aunque con dificultad. Así que sacaba un encendedor de mi bolsillo. Por su puesto estaba con mi madre, en un ataúd, en su ataúd. Me miraba con ojos vacíos y expresión hueca. Sujetaba el bolso con firmeza, como si quisiera que nadie se lo arrebatara. Después de despertar me puse a leer un libro que había traído conmigo. Me veían incapaz de volver a conciliar el sueño.

La cocina huele a limpio; en cada rincón vemos el toque personal de nuestra madre, elementos que nos la traen a la memoria. Su cafetera, sus cuadros de punto de cruz, sus manoplas. Sabemos que va a ser la última vez que la veamos así. Nos hemos puesto de acuerdo, venderemos la casa. Una empresa de mudanzas se llevará todo a un trastero. Estoy seguro de que a mamá no le hubiera gustado nada que vendiéramos su casa y encerráramos sus cosas, sus recuerdos, en un cuarto oscuro y mal ventilado. Es como si quisiéramos olvidarnos de ella un poco más.

De algún modo los tres nos sentimos mal. Veo los rostros de mis dos hermanos y observo las mismas ojeras que yo mismo he visto en el espejo esta mañana; rostros cansados, entristecidos; rostros que tratan de ocultar algo.

El sonido de la cafetera nos saca de nuestro ensimismamiento. De repente la cocina se llena de un agradable olor a café. Es como una señal que nos impulsa a movernos y a hablar.

—¿Habéis dormido bien? —pregunta Marta.

Ninguno de nosotros dos le responde. Gruñimos. Pero ella insiste.

—Yo he dormido fatal —dice. Es cierto, su rostro macilento lo dice todo—. No he parado de tener pesadillas toda la noche.

Luis se levanta y se sirve un café. No para de mirar su teléfono móvil. Sé que esta de mal humor. La muerte de mamá ha sobrevenido en mala época para él. Un divorcio no es trago dulce; separarse a malas de la que ha sido tu mujer durante doce años, y que se te muera tu madre de repente, es más de lo que muchos podría tragar. Pero Luis es fuerte.

—También he dormido mal. Bueno —digo yo—, en realidad no he dormido nada. Me he dedicado a leer toda la noche.

Marta asiente con la cabeza. Sólo espero que no me pregunte porqué he dormido mal. Tengo un presentimiento.

—¿Os acordáis de cuando nos servía el desayuno?. —Marta intenta recordar un época feliz. Marta es optimista y alegre, la tristeza y la indolencia no juegan en su mismo equipo. Es la que peor lo está pasando.

—Era una pesada —Luis rezonga dándole un bocado a un croissant reventado.

Todos sonreímos. Todos evocamos nuestra niñez.

El silencio que sobreviene luego es un elemento incómodo que nos vuelve a llevar a nuestro estado de apatía.

—¿Hacemos bien vendiendo la casa?

Los dos la miramos. En la mirada de Luis hay una intensidad que no me gusta. Últimamente se ha convertido en un tipo quisquilloso y susceptible.

—¿Propones algo mejor? —el tono de su voz indica que anda buscando pelea.

—Creo que Marta quiere decir si mamá se sentiría a gusto con lo que estamos haciendo, es como una pregunta retórica ¿no, Marta? —intento contemporizar.

Marta asiente y Luis parece calmarse.

—Los siento chicos. Estoy nervioso. Hoy me tiene que llamar el abogado —nos dice. Todos entendemos qué es lo que quiere decir. Luego se calla, pero al final chasquea la lengua, se nos queda mirando, sonrío y continúa—. Y sí, Martita, creo que esté donde esté la vieja, va a enfadarse mucho cuando sepa que vendemos la casa y nos desentendemos sus cosas.

—Mamá podía ser muy cabezona — digo.

—Y cuando se enfadaba era terrible —me responde Luis, algo más relajado—. No paraba de insistir, de llamar, de dar la lata. No cejaba hasta que las cosas no se hacían como ella quería.

—¿Os acordáis cuando traje a aquel chico a casa... al tal Carrasco? —Marta se calienta las manos en el tazón que Luis le ha servido.

Los tres reímos. Claro que nos acordamos.

—Me estuvo llamando una semana entera a la universidad para que intentara convencerte de que lo mandarás a paseo —dijo yo.

—¿Y cuando...? —iba a decir Luis algo, cuando nuestros teléfonos móviles sonaron los tres al mismo tiempo.

—Es casualidad —dijo Marta.

—La leche, qué oportunos —comenté yo.

Luis tardó un rato en acercarse al suyo. Nos miraba.

Yo saqué el mío del bolsillo de la americana.

Luego uno lo recuerda y cree que en ese momento el aire de la cocina se volvió más frío y desagradable. O simplemente que era una mala pasada jugada por su propio cerebro. También piensa que entonces la pesadilla tuvo un cierto sentido: un sentido macabro que hace que la piel del estómago se le tense y se erice el vello.

Los tres nos miramos. Estábamos pálidos, asustados y confusos. Ninguno contestaba al sonido insistente de los tres timbres.

Fue Marta quien, con la voz entrecortada, dejando su móvil sobre el hule de la mesa, se atrevió a hablar.

—Es el número de mamá.

Recuerdo perfectamente cómo mi teléfono vibraba sobre la mesa, como si fuera un heraldo macabro.

—Es imposible —dijo Luis. Apenas en un susurro, desencajado.

‘Mamá’ me anunciaba mi propio teléfono en la pantalla.

—¿Marta? — dije yo. Ella me miró con expresión de pánico. Los ojos muy abiertos. Temblaba.

—Te juro que estaba dentro, en su bolso —susurró—. Me acuerdo que me pareció estúpido dejarlo encendido y lo apagué. Luego el hombre de la funeraria cerró el ataúd.

—Imposible —dije sólo por hablar.

Luis, decidido, interrumpió la llamada. Le imitamos. Pulsé el botón de rechazo de llamada con asco, procurando evitar en la medida de lo posible acercarme más de lo necesario. Mi móvil era de repente algo obscuro y sucio que quería mantener alejado de mí, cuanto más mejor.

El silencio no fue algo que nos reconfortara. Era un agujero negro que absorbía nuestra serenidad, que nos empujaba a una vorágine de pensamientos sin sentido.

Mirábamos fijamente a los tres aparatos que reposaban sobre la mesa. Era un interrogatorio soterrado y absurdo, interrogatorio sin respuestas, inverosímil y desquiciante.

Saltamos del asiento al mismo tiempo cuando los tres volvieron a reclamar nuestra atención. No nos hacía falta mirar, sabíamos quien llamaba.

Pero era imposible, de todo punto imposible, ni si quiera cabía el recurso de pensar que ella nos llamaba desde su nicho; no, ni siquiera podíamos recurrir a una razón excéntrica y demencial como esa.

Habíamos incinerado a mamá y todo lo que llevaba con ella.